



Andes
ISSN: 0327-1676
ISSN: 1668-8090
andesrevistaha@gmail.com
Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y
Humanidades
Argentina

LAS ESCRITURAS FEMENINAS Y EL DESAFÍO DE TOMAR LA PALABRA EN EL TUCUMÁN CULTURAL DE ENTRESIGLOS

Vignoli, Marcela

LAS ESCRITURAS FEMENINAS Y EL DESAFÍO DE TOMAR LA PALABRA EN EL TUCUMÁN CULTURAL DE ENTRESIGLOS

Andes, vol. 31, núm. 1, 2020

Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades, Argentina

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12763486001>

LAS ESCRITURAS FEMENINAS Y EL DESAFÍO DE TOMAR LA PALABRA EN EL TUCUMÁN CULTURAL DE ENTRESIGLOS

THE FEMININE WRITING AND THE CHALLENGE
OF TAKING THE WORD IN THE CULTURAL
TUCUMAN OF THE EARLY 20th CENTURY

Marcela Vignoli vigmarce@gmail.com

Instituto Superior de Estudios Sociales (ISES), Argentina

Andes, vol. 31, núm. 1, 2020

Instituto de Investigaciones en Ciencias
Sociales y Humanidades, Argentina

Recepción: 17/08/2018
Aprobación: 20/12/2018

Redalyc: [https://www.redalyc.org/
articulo.oa?id=12763486001](https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12763486001)

Resumen: A fines del siglo XIX las mujeres instruidas de Tucumán –en particular las egresadas de la Escuela Normal de maestras que había sido creada en 1888– comenzaron a publicar ensayos en revistas literarias, opiniones en la prensa, así como también fueron oradoras en festejos patrios o reuniones que organizaba el Círculo del Magisterio, creado en 1905. Los tópicos sobre los que escribieron o disertaron estaban estrechamente vinculados a su capacidad intelectual y al rol como educadoras y al modo de mejorar esa tarea así como el desempeño de los alumnos.

Esta escritura y oratoria novedosas, en tanto estaban pensadas para ser compartidas por otros en el espacio público, coexistió junto con otros modos de expresarse más vinculados con la intimidad de las mujeres, pero que también comenzaban a estrechar lazos fuera del espacio privado.

El objetivo de este trabajo es analizar los diferentes escritos de un grupo de mujeres que circularon en el Tucumán de entresiglos considerando que en este período las mujeres asumen y llevan adelante el desafío de tomar la palabra.

Palabras clave: Sociabilidad, Cultura, Género, Escritura, Magisterio.

Abstract: At the end of the nineteenth century, some educated women of Tucumán –particularly graduates from the *Escuela Normal de Maestras* that had been created in 1888– began to publish essays in literary magazines, opinions in the press, as well as to lecture in national festivities or meetings organized by the *Círculo del Magisterio*, created in 1905. The topics on which they wrote or lectured were closely related to their intellectual capacity and role as educators and how to improve that task as well as the performance of students.

This novel writing and oratory, insofar as they were intended to be shared by others in the public space, coexisted along with other ways of expressing themselves more linked to the intimacy of women, but which also began to strengthen ties outside the private space.

The aim of this article is to analyze the different writings of a group of women who circulated in the Tucumán in early 20th century, considering that in this period women assume and carry out the challenge of speak with their own voice.

Keywords: Sociability, Culture, Gender, Writing, School teaching.

Introducción

El acceso de las mujeres al mundo de la lectura y la escritura ha concitado la atención de escritoras/es e historiadoras/es que en diferentes períodos

han estado atentos a describir, analizar y comparar las dificultades que encontraron las mujeres a la hora de acceder a prácticas que por lo general habían estado vinculadas a un mundo masculino, en definitiva fueron los varones quienes primero accedieron a la educación y a las herramientas necesarias para desarrollar destrezas intelectuales y de conocimiento en general. La metáfora utilizada por Virginia Woolf, de la hermana de Shakespeare, pone en el centro de la cuestión la tensión entre capacidades y posibilidades ^[1], pero va más allá al describir un mundo privado complejo, “un cuarto propio” en el caso que las mujeres pudieran contar con este espacio, constituía un lugar en el que también había restricciones para desarrollar ciertas tareas. De modo que las pocas mujeres escritoras en la época de Shakespeare, habrían batallado contra un espacio público que cuestionaba estas tareas y un espacio privado en que tampoco encontraban demasiada libertad de acción para desarrollarlas.

Ambas restricciones explican entre otras cosas el uso de seudónimo, la aparición de escritos anónimos que posteriormente se adjudicaron a algunas mujeres, e incluso la depresión y suicidio de algunas de ellas que intentaron dedicarse a la escritura sin éxito.

Si bien los casos que refiere Woolf están enmarcados en la Inglaterra de los siglos XVI y XVII, sus agudos análisis, -vinculados a la dificultad de contar con tiempo y lugar para llevar a cabo la escritura o la lectura, o la pregunta por la ausencia de nombres de mujeres entre los escritores durante el período abordado, y a la relación de las mujeres con el dinero y la posibilidad de vivir de una profesión -, nos permiten pensar en las posibilidades que en otro tiempo y lugar tuvieron algunas mujeres instruidas que quisieron dedicarse a la escritura.

En el espacio rioplatense, sabemos que desde las primeras décadas del siglo XIX, hubo un incipiente periodismo femenino que la literatura ocupada sobre el tema ha ubicado principalmente en Buenos Aires. Para el período 1890 a 1930 aparecieron una serie de periódicos escritos por mujeres vinculados al socialismo y al movimiento anarquista: *La Voz de la Mujer* (1896), *Nosotras* (1901), *Unión y Labor* (1909-1913), *Tribuna Femenina* (1915-1916), *Nuestra Causa* (1919) y *Nuestra Tribuna* (1925-1927) ^[2].

Una autora que ha vuelto la mirada hacia estos temas enfocando desde distintos ángulos la historia de mujeres es Asunción Lavrín. Además de sus investigaciones comparativas sobre diferentes países de América Latina abarcando la circulación del feminismo, el acceso de las mujeres al mercado laboral y el marco normativo existente en estos países, la autora ha reducido la escala de observación interesándose en escritos de mujeres que fueron pensados por sus autoras para permanecer como memorias de las guerras de Independencia en esta parte del continente ^[3]. Específicamente el artículo se centra en los escritos de dos mujeres, una de ellas María Martínez quien actuó en la etapa republicana de Colombia, y, la otra, Agustina Palacio de Libarona quien actuó en Santiago del Estero (Argentina) durante las décadas posteriores a las guerras de Independencia. El artículo de referencia nos ayuda a pensar otros aspectos de esta escritura femenina. Uno de ellos muy importante es

el impacto de la alfabetización para mujeres de sectores medios en ascenso. En efecto, el acceso a la educación en una sociedad en que la mayoría de la población era analfabeta, otorgaba a estos sectores y en particular a las mujeres, un lugar de distinción tal como lo indica Lavrín. Esta “decisión liberal”, que en definitiva recaía en los padres en estos años previos a la obligatoriedad de educación, dio un nuevo carácter al siglo XIX. Aún mas, para la autora este acceso permitió en algunos casos que las mujeres se comprometieran con actividades públicas de tipo cívico-político. En este sentido, la autora remarca que esta experiencia demuestra que aun en pequeños pueblos las mujeres educadas pudieron, más allá de sus vidas convencionales, entender e involucrarse en asuntos públicos^[4].

A pesar que las mujeres no eran ciudadanas con derecho pleno, la autora considera que hubo muchas vías de comportamiento que se abrieron para las mujeres durante estos años, presagiando quizás cambios futuros^[5].

Nuestro interés es analizar el ingreso y circulación de un público femenino en un ambiente literario-cultural predominantemente masculino que se había configurado a fines del siglo XIX en la ciudad de Tucumán^[6]. Intentaremos desentrañar cuáles fueron las problemáticas concretas, los debates, las polémicas, las censuras que debieron enfrentar las escritoras para ser legitimadas y cuáles fueron sus estrategias o sus tácticas para conseguirlo^[7].

En los márgenes de ese mundo literario, algunas mujeres instruidas comenzaron a publicar opiniones, ensayos y poemas, así como también se destacaron en los festejos patrios como oradoras. Esta escritura y oratoria novedosas, en tanto estaban pensadas para ser compartidas por otros, es decir un público, coexistió junto con otros modos de expresarse más vinculados con la intimidad, por medio de correspondencia, diarios y álbumes escritos y compartidos entre su círculo más acotado.

No obstante, más allá del público al que estuviera dirigido o de la circulación de los escritos, es posible advertir en registros diversos un mismo deseo de asumir y tomar la palabra para debatir sobre el alcance de la educación femenina y las posibilidades de extenderla considerando la capacidad intelectual de las mujeres; el rol que tuvieron como educadoras, y los modos de mejorar esa tarea. Además hemos encontrado referencias a las destrezas artísticas y las posibilidades de asumir esta tarea de modo profesional. Evidentemente, algunas de estas mujeres no sólo se dedicaron a describir el mundo en el que vivían sino que utilizaron la escritura para reflexionar sobre la ausencia de libertades en esa sociedad de fin de siglo y denunciar las limitaciones del sistema educativo diseñado para una enseñanza femenina. Aunque no aparezcan referencias directas a la batería de ideas provenientes del feminismo, es posible considerar a algunas de estas mujeres dentro de esta ideología dado que cuestionaban su rol en la sociedad y tenían consciencia de que constituían un grupo oprimido, más allá de los destinatarios de sus palabras^[8].

El artículo se estructura en torno a diferentes escritos de mujeres que entre 1882 y 1906, circularon en torno al mundo de sociabilidad (y sus márgenes) estructurado a partir de la creación de establecimientos

educativos nacionales y asociaciones de índole cultural-educativa y bibliotecas populares.

A través de las primeras huellas de esta escritura femenina uno de los propósitos de este trabajo es poner en tensión algunas nociones respecto de la “exclusión” de las mujeres del mundo de la cultura, tanto en la esfera de creación como de la difusión de saberes^[9]. En este sentido a través de este trabajo se intenta proponer una mirada cercana a la que Gloria Espigado y Nerea Aresti plantearon recientemente al analizar la participación de mujeres en el ámbito de la cultura durante el siglo XIX. Para las autoras “*sería una estéril simplificación reducir la relación de las mujeres con la cultura a un fenómeno de segregación, ausencia o enajenación*”^[10].

En primer lugar describiremos el proceso de creación de un ambiente cultural en Tucumán a fines del siglo XIX para entender cuáles fueron las primeras tramas culturales del Estado que, en conjunto con iniciativas de la sociedad civil, fomentaron la participación femenina en la literatura, el arte y la cultura con fines educativos.

Luego, se analizarán ensayos y opiniones publicados en las revistas literarias que la Sociedad Sarmiento editó entre 1882 y 1896 (*El Porvenir* y *El Tucumán Literario*). La característica de estos escritos fue que la mayoría se publicó solamente con el nombre de pila, bajo seudónimo o como anónimo, y, en los casos que fueron firmados, las escritoras (que eran maestras) refirieron a la educación de las mujeres, criticando las materias y los modos de enseñanza. En los casos analizados se advierte la dificultad para expresar sus opiniones, o bien la autocensura a la hora de denunciar las prácticas de la sociedad tucumana.

El segundo apartado analiza un álbum personal (escrito entre 1898 y 1901) de una maestra interesada en el arte, la filosofía, la historia y la literatura quien también se desempeñó como ayudante de Laboratorio de química del Dr. Miguel Lillo^[11]. Se trata de Cornelia Montero quien escribió y dibujó en su álbum, y en el que también invitó a colegas y amigos a colaborar. Estos escritos, hacen las veces de correspondencia, porque están dedicados a Cornelia, refieren a su personalidad, belleza y destrezas en relación a la pintura, la música y la cultura en general, así como también cuentan novedades o comentan acontecimientos importantes. En este sentido, coincidimos con Paula Caldo y Sandra Fernández cuando refieren a las cartas como “*incandescentes puntos de contacto en las formas del vínculo social establecido por fuera de las formas institucionalizadas o formalizadas como redes familiares, empresariales, políticas, entre otras*”^[12].

Este segundo corpus, es diferente del anterior en varios sentidos. La escritura intimista y confidente de muchas de las colaboradoras y colaboradores, acompañada por una sensación de libertad para escribir nos invitan a pensar que junto con ámbitos formales como las asociaciones culturales de fin de siglo, existieron circuitos más reducidos donde también se discutía sobre cultura, literatura y arte, en los que las mujeres no estaban en los márgenes, sino que ocupaban el centro y desde allí podían expresarse, sugerir modos de comportamiento e incluso se

proponían moldear comportamientos de otras mujeres. En definitiva la práctica del diario íntimo o el álbum, junto con las cartas personales constituyeron “*uno de los espacios permitidos para la escritura femenina*” [13].

El último apartado analiza los discursos publicados de algunas mujeres que fueron oradoras en los festejos patrios. En efecto, además de la experiencia de hablar en público, la prensa comenzó a publicar sus disertaciones dando continuidad a una práctica que desde fines del siglo XIX permitía a figuras que se destacaban en alguna rama del saber ocupar columnas en los periódicos.

Más allá de las diferencias respecto del público que imaginaba cada una de las autoras de estos escritos, las tres experiencias evidencian el desafío que significó para las mujeres instruidas tomar la palabra por sí mismas en un mundo de sociabilidad cultural predominantemente masculino.

La configuración de un ambiente cultural en el Tucumán de fin-de-siglo

Durante la segunda mitad del siglo XIX el Estado provincial adquiere rasgos modernos, lo que se evidencia en la injerencia en ámbitos en los que hasta ese momento había estado ausente. Aunque todavía no existe un área que podríamos denominar cultura en el sentido que estuviera diferenciada de la órbita de la educación por ejemplo (ni en los distintos ámbitos del gobierno provincial ni en el presupuesto oficial), es posible observar una tendencia a diversificar el dinero público hacia este área. Durante los primeros años de la década de 1850, comienzan a figurar en los presupuestos oficiales partidas destinadas a músicos de las bandas oficiales. Aparecen también gastos previstos para festividades cívicas y patrióticas. Otro de los rubros favorecidos serán las artes plásticas, en las que se autorizaron partidas destinadas a aulas de arte y, en 1866, una academia de música y dibujo gratuita, era proyectada como una inversión de vital importancia para la formación de los jóvenes. Sin embargo, en la década de 1860, la evidencia de una voluntad política predispuesta al fomento del arte y la cultura no sólo se ve reflejada en los presupuestos provinciales sino también en los debates parlamentarios. En 1860, por la Ley N° 158, la legislatura autorizó al Poder Ejecutivo a inaugurar un aula de dibujo lineal con aplicación a las artes. Unas décadas después, dando un paso más importante, el gobierno provincial compró la galería de los gobernadores que realizó la artista Lola Mora, y luego le encargó la estatua a Juan B. Alberdi así como el resto de las obras de la artista que se emplazaron durante los primeros años del siglo XX.

A lo largo del período bajo estudio las distintas administraciones provinciales consideraron importante continuar sosteniendo la Banda de música de la Provincia (sueldos de director y músicos, arreglo y compra de instrumentos y trajes y alquiler de local), además la inversión se extendió también a dos bandas de música del interior, como fueron las localidades de Monteros y Concepción. Estas inversiones estuvieron apuntaladas con la creación de conservatorios, como el Alberdi que se creó en 1903

y el conservatorio Mozart que en 1906 abrió sus puertas. Los festejos cívicos y patrióticos continuaron representando una parte importante del presupuesto provincial. Aparecen además subsidios a bibliotecas de la ciudad de Tucumán (Sarmiento, Amigos de la Educación, Alberdi, Círculo del Magisterio) pero también del interior, como fue la Biblioteca Mitre de Monteros. Algunos artistas plásticos continuaron obteniendo subvenciones para continuar desempeñando su carrera en el exterior, por ejemplo en 1907 el gobierno de Luis F. Nougés subvencionó a dos artistas más, Julio Oliva y Pompilio Villarrubia Norry. Una de las creaciones importantes en materia de cultura fue la Escuela de Bellas Artes en 1912.

Evidentemente, detrás de las figuras más reconocidas del mundo del arte y de las inversiones en cultura de los presupuestos oficiales, se puede inferir que existía un amplio sector que trabajaban en esta esfera así como de comercios que se instalaban para abastecerlos. Esto pudimos constatarlo en la consulta de los censos nacionales y municipales del período 1895-1914.

De acuerdo al censo nacional de 1895, entre las profesiones vinculadas a la cultura, los músicos eran mayoría en todo el territorio de la provincia de Tucumán, había 98 músicos, mientras que había 13 artistas y siete fotógrafos. Solamente se registraron cuatro artistas mujeres en ese año^[14]. Por su parte, el censo nacional de 1914, muestra que estos profesionales se habían duplicado, al tiempo que nuevas actividades vinculadas a lo cultural comenzaban a diversificarse, como por ejemplo aparecerían los profesores de dibujo y música^[15]. El censo Municipal de 1913, complementa estos datos con información detallada respecto de los locales comerciales así como de las “industrias de la capital” vinculados a prácticas culturales. Había tres talleres de pintura, uno de escultura y un taller de cuadros, mientras que se contaban seis casas de fotografía y once imprentas en la ciudad de Tucumán^[16].

La injerencia del Estado provincial en la cultura se observa también en lo discursivo y en las prácticas que comienzan a ser internalizadas en conjunto con inquietudes de la sociedad civil. Es interesante pensar cómo el lento proceso de institucionalización de la cultura dentro de la órbita estatal fue producto de múltiples esfuerzos, por una parte el Estado, por otra las iniciativas de tipo individuales y por último las gestiones asociativas.

Quizás uno de los casos más exitosos del período en los que se observa esta confluencia de “voluntades” (Individual, asociativa y estatal) sea el proceso de establecimiento de bibliotecas populares y asociaciones culturales.

El crecimiento urbano y la complejización de la sociedad tucumana fueron consecuencia de la notable expansión económica centrada en la producción de azúcar de caña que ocurrió a fines del siglo XIX en la provincia. Esto que convirtió a la capital tucumana en la ciudad y centro cultural más importante de una vasta región, incentivó la difusión de casi 90 experiencias asociativas de diverso tipo que se expandieron por toda la provincia entre la década de 1880 y 1915: asociaciones

de inmigrantes, sociedades de trabajadores y gremios, centros sociales, espacios culturales que podían perseguir fines patrióticos y/o educativos y que contaban en algunos casos con bibliotecas populares y clubes de deportes. Estos ámbitos convivieron con los tradicionales clubes de elite y la exclusiva Sociedad de beneficencia de Tucumán que desde la década de 1850 nucleaban a hombres y mujeres que hacían valer su preeminencia económica y social en el espacio público.

En este contexto durante las últimas décadas del siglo XIX todavía se podía percibir la primacía de una sociabilidad literaria predominantemente masculina en la provincia: la *Sociedad Sarmiento* (1882), la *Sociedad Científica* (1885), la *Sociedad Amigos de la educación* (1884), la *Biblioteca Avellaneda* (1895); el *Centro patriótico de concepción* (1894); la *Ligapatriótica de Monteros* (1898) y la *Biblioteca Alberdi* (1903). En estos espacios participaban en su mayoría jóvenes provenientes de sectores medios en ascenso que habían encontrado en el acceso a la educación el medio para desarrollarse, y, que junto a personalidades de la élite con las que compartían inquietudes culturales formaban parte de estos espacios de circulación de saberes permitiendo el intercambio entre actores de orígenes y preocupaciones dispares.

De este modo a principios del siglo XX, en el marco de un proceso de expansión de las prácticas asociativas de diverso tipo en la provincia de Tucumán se dio un cambio fundamental en los patrones de sociabilidad decimonónicos que habían mostrado el predominio de una sociabilidad literaria-cultural excluyentemente masculina^[17].

En torno a la Sociedad Sarmiento que había sido creada en 1882 por alumnos, egresados y maestros de la escuela normal y el colegio nacional se configuró un ambiente de sociabilidad cultural que en principio respondía a inquietudes literarias y educativas de sus socios^[18]. El rasgo común de muchas de las asociaciones de índole cultural de fin de siglo es que apelaban formalmente a la participación femenina a través de sus estatutos, pero estaban integradas exclusivamente por hombres en lo que concierne a los registros de reuniones, a las elecciones y sus comisiones directivas. Aparentemente, y ateniéndonos a un uso estricto de la categoría de sociabilidad formal, las mujeres habrían estado ausentes de gran parte de este mundo asociativo cultural, por lo menos hasta los primeros años del siglo XX^[19].

Por ejemplo, la Biblioteca Alberdi, creada en 1903, aunque en sus estatutos expresaban que “*No reconoce privilegios de sexos, de nacionalidades ni de religiones. [...] abre sus puertas á (sic) toda persona instruida y á (sic) la que desee instruirse*”, no contó con presencia femenina en su comisión directiva, ni en la membrecía que asistía a las reuniones^[20].

A pesar de la ausencia de nombres de mujeres en los libros de actas de estas asociaciones, sería inexacto excluirlas completamente del mapa de la cultura de fines de siglo. Es muy probable que consultaran libros en las bibliotecas, así como que participaran en charlas y conferencias que las

asociaciones dictaban regularmente y que estaban destinadas a público en general en el que participaban familias.

Algunos análisis sobre las prácticas de sociabilidad nos invitan a pensar en que el acercamiento de las mujeres instruidas a las asociaciones formales vinculadas al mundo de la cultura en el Tucumán de fin de siglo, podría ser pensado también como una experiencia que sirvió de ensayo para que las mujeres desplegaran prácticas que luego consolidarían en otros ámbitos. Como dijo Danielle Genevois, las investigaciones sobre la sociabilidad femenina deben intentar “*apreciar la dosis de espontaneidad que puede, a la larga, desembocar en una asociación formal*” [21]. Consideramos que estas primeras experiencias, si bien se llevaron a cabo desde fuera de los ámbitos de la cultura institucionalizados, les permitieron expresarse, denunciar situaciones desventajosas y también llevar a cabo una práctica que hasta ese momento era predominantemente masculina.

Las mujeres en los márgenes y la escritura entre cuatro paredes: entre el seudónimo, el anonimato y la denuncia

Al analizar las prácticas femeninas de lectura decimonónicas Graciela Batticuore reparó en la temprana aparición de algunas mujeres que durante la primera mitad del siglo XIX irrumpieron en revistas editadas por varones como corresponsales de prensa. En algunos casos, lograron plantear críticas a la ambigüedad con las que eran tratadas en estas publicaciones, al incorporar al ideal de mujer además de la belleza, sus obligaciones como madre que incluían la instrucción para lograr una mejor educación de sus hijos [22].

A fines de 1882, una carta cuya autora prefirió mantener su nombre en anonimato, denunciaba las dificultades que existían para que las mujeres pudieran publicar sus escritos en el Tucumán de fin de siglo. El lugar elegido para evidenciar “*los hábitos retrógados de esta sociedad*” y expresar el anhelo de vivir en un ambiente en el que “[...] saben sus miembros emitir su opinión y sus pensamientos sin temor de ser denigrados por la voz pública” [23], era la revista cultural que editaban los socios de la recientemente fundada Sociedad Sarmiento. Compuesta por jóvenes alumnos, egresados y maestros de la Escuela Normal y el Colegio Nacional de Tucumán, esta Asociación literaria era en efecto un ámbito predominantemente masculino, lo que se reflejaba también en los autores de la publicación quincenal.

En efecto, a pesar de la posibilidad de escribir en las páginas de la revista, la autora denunciaba,

Esa libertad de pensamiento que dice manifestarse franco y desenvuelto de los harapos de las preocupaciones rutinarias no existe acá, Ud. mismo los experimenta, yo en este momento estoy encerrada entre cuatro paredes y a puertas cerradas para escribir estas líneas [24].

Durante un buen tiempo, las mujeres que escribieron en esta revista cultural, lo hicieron bajo seudónimo. Recién a mediados de la década de

1890, otra publicación editada por la misma Asociación, contó con una sección que llevó por nombre “Colaboración del Bello sexo”.

A pesar que el nombre de la sección, las habilitaba de alguna forma para firmar sus trabajos, se inauguró con un escrito que solo llevaba un nombre como firma. Aunque al inicio del texto la autora considera que la instrucción recibida debe cumplir una función tradicional en tanto la mujer “*no necesita hacer gala pública de su ilustración [...] debe hacerla práctica en el silencio del hogar, en las aulas de la escuela que es donde tiene bajo su dirección corazones que recién comienzan a vivir*”, va complejizando su argumento al incorporar la posibilidad novedosa que les otorgaba la revista literaria,

se ha incorporado a la mujer al gran movimiento intelectual [...] proporcionándole la ocasión de hacer uso de sus facultades, que comenzadas a desarrollar con la educación primaria quedaba en suspenso ¿Por qué? Por la falta de un medio práctico para ejercitar esos primeros conocimientos que son el fundamento de su ilustración. Pero hoy tenemos el medio que nos faltaba, pues una sociedad literaria, que siente bullir en su seno el espíritu del progreso, ofrece galantemente al sexo débil las columnas del periódico que sirva de órganos a sus intereses [25].

Este tipo de reflexiones, que aludían a una educación femenina defectuosa o insuficiente, fueron habituales en las páginas del Tucumán Literario. Por ejemplo una autora, también bajo seudónimo, enfocaba su crítica en el exceso de materias y prácticas religiosas y la ausencia de otro tipo de conocimientos que podría haber despertado intereses o inquietudes intelectuales,

Muy niña de 6 años ingresé a una escuela, donde cuatro años más tarde conseguí que me dijeran que sabía leer, por más se lo aseguro que ignoraba, pues nada de ello entendía, aunque podía repetir automáticamente sonidos que debieron sonar bien ante mis pacientes maestros que con frecuencia me felicitaban. Creo inútil decirle que en materia de reso yo era fuerte porque mi buena mamá en casa nunca olvidó sus deberes religiosos, y en la escuela, la mitad del tiempo el horario indicaba recitaciones y prácticas de idénticos preceptos [26].

Estas denuncias no sólo describían la situación, sino que fueron más allá al comparar las capacidades intelectuales entre alumnos de distinto sexo. Este fue el caso de la colaboración de la maestra Caridad Jayme en el Tucumán Literario que desató una polémica con un socio de la Sociedad Sarmiento quien reaccionó frente a la sugerencia que las niñas estaban más capacitadas que los niños para la educación “*vemos que poseen ambos iguales facultades, superiores, si se quiere en la mujer, pues esta desde niña discurre, piensa, reflexiona y comprende más pronto una explicación cualquiera que no un niño*”. Por lo tanto, la autora consideraba que era necesario que “*su educación llegase al mayor grado de perfección porque de ella depende en gran parte la civilización y progreso de los pueblos*” [27].

A pesar que el acceso de las mujeres a la instrucción de un modo sostenido era muy reciente (por ejemplo la Escuela normal de maestras se creó en 1888 y la Escuela Profesional Sarmiento, cuyo propósito era preparar maestras para la campaña tucumana, se fundaría en 1904), tal como ocurría en el resto del país se venía dando un incremento notorio de alumnas, pero especialmente de maestras al frente de las aulas en el

transcurso del siglo XIX al XX ^[28]. De modo que por estos años, un aspecto de esta feminización de la docencia fue la reflexión sobre planes de estudio o condiciones desventajosas en el sistema de educación respecto de los varones ^[29].

Graciela Batticuore considera que los fantasmas de la autoría femenina -es decir, las dificultades para llevarla a cabo, los temores, las censuras y autocensuras que afrontan las primeras literatas- puede ser conceptualizado en las modalidades de la “autoría escondida”, o “intervenida” ^[30]. En las firmas incompletas o seudónimos de las autoras de las revistas literarias encontramos que ese pudor para firmar las notas también podría vincularse con las dificultades para manifestar críticas muy puntuales y tal vez un especie de desconcierto sobre cuáles eran los límites de esta práctica literaria.

La escritura para el círculo íntimo: de los márgenes al centro

Al caracterizar a estas mujeres en los márgenes de ese ambiente cultural que se venía configurando desde fines del siglo XIX en Tucumán, pensamos, a partir de la propuesta de Natalie Zemon Davies en *“un espacio fronterizo entre los depósitos culturales que permitía nuevos crecimientos e híbridos sorprendentes”*. De acuerdo a esta perspectiva, alguna de estas mujeres hubieran podido “adoptar un lugar marginal y reconstituirlo como centro definido localmente” ^[31].

El álbum de Cornelia Montero ^[32], cuenta con escritos suyos que denomina “juicios críticos”. Son textos elaborados a propósito de muestras de arte y de reflexiones sobre la disciplina de la historia. Además, el álbum cuenta con colaboraciones de varones y mujeres vinculados al magisterio, la literatura y la ciencia en Tucumán ^[33]. Constituye, por lo tanto, una fuente interesante en tanto permite adentrarnos en las redes de sociabilidad informales, aquellas relaciones que por fuera de espacios asociativos o de instituciones educativas tenían lugar en el período bajo estudio, además nos da pistas sobre los tópicos de conversación entre estos jóvenes de fin de siglo, sus preocupaciones, inquietudes y sueños.



Imagen 1

Fotografía de la Srta Cornelia Montero

Fuente: Laboratorio de digitalización ISES (En adelante LADI)

Si bien el álbum de Cornelia merece ser estudiado con mayor profundidad, en este caso nos vamos a concentrar en tres de sus escritos: un análisis sobre el estudio y la enseñanza de la historia; una reflexión sobre las preocupaciones del fin de siglo, y, por último una crítica de arte que lleva a cabo con motivo de la exposición artística que se realizó en Tucumán en 1899. Creemos que estos escritos reflejan inquietudes de la autora que nos permiten analizar sus conocimientos sobre determinados aspectos, y en algunos casos inferir lecturas^[34].

Como dijimos hay dos cuestiones que parecen haber formado parte importante de sus intereses, constituyendo uno de ellas además, su trabajo, y por lo tanto su medio de vida. Como vimos, en 1900 Cornelia era profesora de Historia y geografía en la Escuela Normal de Maestras, esta “pericia” está presente en los dos textos que abordan esta cuestión^[35]

La historia tiene por objeto no sólo hacer resaltar la trascendental importancia de los acontecimientos de la humanidad sino también trazar cuadros fieles de como acontecieron, comparando su utilidad con el desarrollo [...] de un pueblo, de una raza, los hechos políticos, sociales, las costumbres, las ideas, el arte [...] Destinada así la historia a vulgarizar el conocimiento de la marcha seguida por la humanidad [...] Es hoy una ciencia experimentada [...] se convierte así en la primera de las ciencias, porque es la síntesis de todas las demás [...] Las ciencias que cultivamos nos enseñan a descifrar un cuerpo, una planta [...] la historia nos enseña a descifrar la humanidad permitiendo no solamente comprenderla, sino comparándola con sus adelantos, apreciando los beneficios y los daños causados por los acontecimientos, y así juzgando y apreciando^[36].

Este escrito nos permite conocer varios aspectos importantes del desempeño laboral de Cornelia, en primer lugar podemos inferir que estaba al tanto de los adelantos que venían ocurriendo en la disciplina desde la segunda mitad del siglo XIX con el desarrollo de la Escuela Histórica Alemana y el logro del estatuto científico para la histórica. La referencia a los tópicos de interés, destacando los “hechos políticos”

refuerza la idea anterior dado el énfasis que puso esta escuela en la política. Por último, la autora emparenta el estudio de las plantas y la materia con el estudio de la humanidad en un intento por homologar la ciencia histórica con la biología o la física, en ese momento consideradas sin duda disciplinas científicas prestigiosas y señeras. En general, todos estos saberes vinculados a la historia nos hablan de que Cornelia estaba al tanto de las novedades vinculadas a su trabajo, que reflexionaba sobre ellas, e incluso, aplicó esta perspectiva de la historia en un análisis sobre el legado de Grecia para la humanidad^[37].

Otra “pericia” con la que contaba Cornelia era el arte. Particularmente interesante resulta analizar la participación femenina en el mundo del arte. En torno de algunos talleres de maestros extranjeros que habían llegado a la provincia en la década de 1880 (Santiago Falcucci, Pascual Farina) y las muestras artísticas que organizaban sociedades de beneficencia y caridad para recaudar fondos, se fue conformando un ambiente en el que las mujeres participaban con asiduidad.

En el fin-de-siglo, las exposiciones artísticas fueron habituales en Buenos Aires. Georgina Gluzman ha estudiado en particular las que se llevaron a cabo en la asociación “El Ateneo”, que reunió alrededor de 80 artistas mujeres. Lejos de considerar estas prácticas “una exhibición de adornos” la autora problematiza la mirada respecto del conocimiento que sobre el arte habrían tenido quienes participaron en estas exposiciones y considera que *“la calidad de sus trabajos, sus ansias de ser exhibidas de modo sostenido, la posesión de un espacio propio de trabajo y su sólida formación artística expresan sus deseos de ser vistas como mujeres comprometidas fuertemente con el desarrollo del arte en Buenos Aires”*^[38].

Volviendo al análisis del álbum personal de Cornelia Montero, pudimos tener acceso a las impresiones que dejaba ese mundo artístico de la última década del siglo XIX en las jóvenes tucumanas.

En su álbum muchos trabajos de amigos o colegas habían referido a este tópico aludiendo a los saberes artísticos de Cornelia. Por ejemplo, la maestra Enriqueta L. Lucero, escribe una larga carta en su álbum en la que refiere de un modo irónico a las contradicciones de una mujer que se dedicara al arte

La obra de arte surge de la espontaneidad y naturalidad, cualidades vedadas a la mujer porque tiene el deber y el deseo de agradar [...] El estilo, en fin, que es el producto de cristalizado de un largo trabajo, pesa tal vez demasiado para sus débiles manos [...] La mujer se expone a grandes peligros en la senda escabrosa del arte sino es suficientemente fuerte para desafiar los prejuicios o suficientemente sabia para triunfar de ellos^[39].

Como era costumbre, luego de este escrito Cornelia realizó un dibujo alusivo:

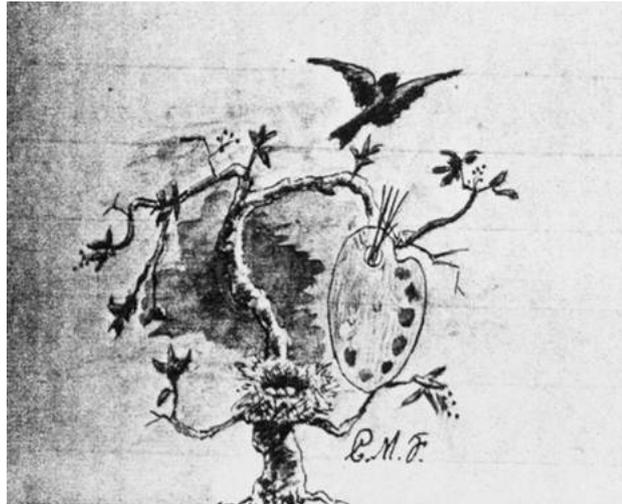


Imagen 2

Dibujo realizado por Cornelia al pie del escrito de Enriqueta L Lucero

Álbum, 12.1898

Fuente: Laboratorio de digitalización ISES

Sobre este tópico, Cornelia, escribió una crítica luego de visitar la exposición de Bellas Artes que en 1899 organizó la Sociedad San Vicente de Paul, y que ella definió como un “verdadero acontecimiento artístico-social”. Anticipaba en primer lugar que su crítica era justa, “criticaré las obras sin tener presente los nombres, ni las condiciones sociales de tal o cual”. Comenzó por referirse a las “obras pictóricas” realizadas por los varones que participaron en la muestra. A excepción de un retrato realizado por una “mano maestra y maestro también de la mayoría de las compositoras; pero por ser maestro no hubiera debido estar en medio de las obras de sus discípulas”, no encontró obras que le interesaran demasiado en este sector. Luego de hacer referencia a algunos trabajos de los varones, pasó a referir las obras de las mujeres que participaban en la misma muestra. Según Cornelia *“las expositoras en esta honrosa lid del arte le llevan la palma al sexo fuerte, pues le ganan en buen gusto, elegancia, argumentos, ejecución y coloridos”* [40].

Analiza alrededor de 12 obras, una de las cuales demuestra *“una inteligencia superior, una disposición para el arte sin límites, demostrado por sus variadísimas acuarelas”* [41]. Frente a esta obra que ella considera es la mejor lograda, refiere

después de esto no tengo valor para seguir adelante, pues aunque las demás expositoras no desmerecen en la comparación con las otras, no sé qué decir más en favor de ellas, que en algunas noto un empeño extraordinario en progresar, en las demás, una dejadez imperdonable [42].

Esta crítica nos permite conocer además el mundo del arte tucumano que durante la década de 1890 había sido muy intenso en cuanto a exposiciones. En otro trabajo demostramos como Lola Mora, alumna del taller del artista italiano Santiago Falcucci afincado en la provincia hacia 1870, participó con asiduidad de exposiciones que durante la década de 1890 estuvieron organizadas por espacios asociativos con perfil benéfico

[43]. Este fue el caso de la exposición que en 1894 las señoras de la Sociedad de Beneficencia organizaron en la Escuela Normal de Maestras, en la que Lola Mora presentó una serie de retratos de 20 gobernadores tucumanos (actualmente conocida como *La Galería de los Gobernadores de Tucumán*). Esta exposición de dibujos y pinturas fue reseñada por la revista “El Tucumán Literario” de la siguiente manera,

El amplio local de la Escuela Normal de Maestras, donde se abrió al público la Exposición artística que estaba organizada por las distinguidas damas de la Sociedad de Beneficencia, con el doble fin de honrar a la patria y allegar recursos para los necesitados [...]. Queremos hacer mención especial del salón que ostentaba los cuadros originales debido al lápiz o al pincel de distinguidas aficionadas al hermoso arte de la pintura y el dibujo, los que demostraban una vez más el talento y el buen gusto de las niñas tucumanas [44].

El último de los textos que vamos a analizar es el que escribe Cornelia con la intención de reflexionar sobre el fin de siglo [45]. Comienza refiriendo a todos los posibles tópicos sobre los que podría escribir:

La política, el problema económico-social, los robos a los bancos, el desarme de las potencias europeas, los preparativos bélicos y audacia chilena, las alianzas, las grandes confraternidades entre las naciones, los grandes inventos de locomoción, la electricidad, los adelantos, filosóficos, fisiológicos y psicológicos, y por fin los elegantes sombreros importados de París y Londres, son tan conocidos y discutidos que no es posible contentar al público escribiendo sobre tales argumentos y con más razón si la mayoría de este público pertenece al débil sexo, que es incontentable. Hay fisiólogos que admitiendo la exquisitez de la sensibilidad y aceptando el anhelo por el progreso, aseguran que las vibraciones cerebrales tienen una acción debilitante sobre nuestro organismo que los conduce derecho a la neurosis [...] yo no creo pues la sensibilidad despierta el intelecto y las vibraciones desarrollan y vigorizan y crean, la fuerza, el calor, la luz ¿no es la neurosis una epidemia aristocrática, elegante de todos? La prueba tenemos que una cantidad de hombres han sido contagiados por ella. Estos son los excéntricos de nuestra época, son individuos especiales, seres superficiales y frívolos [...] Sin embargo el mal es contagioso y es necesario combatirlo. Quisiera alejar a la mujer de la excentricidad morbosa y también del servilismo que hace de ella una muñeca de lujo, quisiera la mujer culta según su condición civil, educada según la propia voluntad, pero bajo un perfecto conocimiento de su propia dignidad.



Imagen 3

Dibujo realizado por Cornelia Álbum sf

Fuente: Laboratorio de digitalización ISES

A pesar que Cornelia Montero no manifestó que su propósito al escribir el álbum fuera dejar un registro para la posteridad, coincidimos con Asunción Lavrin para quien, “El acto de escribir en sí mismo es la primera evidencia de una nueva consciencia de que las experiencias personales tienen un valor que trascienden lo individual”^[46].

La escritura para el público: representaciones de la Independencia en el fin de siglo

Las fechas pautadas por la liturgia patriótica constituían instantes privilegiados para diferentes grupos que perseguían alguna notoriedad en el espacio público. A lo largo de la última década del siglo XIX y la primera del siguiente se desató una especie de entusiasmo patriótico que contagió a diferentes asociaciones, y, entre estas, la Sociedad de Beneficencia tuvo a su cargo la organización de *Kermesses* y otras actividades con motivo del festejo del IV Centenario de la Conquista de América, que a su vez perseguía el objetivo de recaudar fondos para los más necesitados de la provincia.

Estas actividades, al tiempo que le otorgaban visibilidad como grupo, también constituían una excelente oportunidad para que distintas mujeres, “niñas” o jóvenes, consiguieran notoriedad en la sociedad tucumana. Ya fuera por su “belleza”, “dulzura”, “amabilidad”, pero también por su talento o destreza en tareas vinculadas a lo artístico o literario, algunas de estas mujeres comenzaban a ser conocidas y reconocidas en la sociedad tucumana.

En otro artículo hemos reconstruido la participación femenina para los festejos patrios del 9 de julio de 1902^[47]. En esa ocasión, la velada literario-musical planeada en los salones de la Sociedad Sarmiento

contaría con la presencia de Margarita Todd quien leería un discurso alusivo a la fecha; Indalmira Cabot, por su parte, estaría a cargo de una de las partes musicales del acto y Ángela Ugarte recitaría el poema de Rafael Obligado “El hogar paterno”. En su edición posterior al festejo *El Orden* publicaba un elogioso comentario respecto de esta participación:

Merece la fiesta de anoche, el calificativo que le hemos dado: fue espléndida en toda la extensión de la palabra. Ella abre para la sociedad sarmiento una nueva era, que deseamos sea fecunda, pues incorpora el concurso de la mujer a los torneos intelectuales de esa institución [48].

Además de hacer una crónica de lo sucedido en el acto patrio, *El Orden* transcribió el discurso de Margarita Todd lo cual no solo era inédito por tratarse de un escrito de una mujer, sino que además, a lo largo del texto la autora repasa los significados que atribuía a estos festejos pero desde la perspectiva del papel desempeñado por las mujeres en el pasado provincial, argentino y latinoamericano. Creemos que merece la pena detenernos en algunos pasajes ese relato histórico.

Todd comienza justificando su participación en el festejo como parte de uno de los deberes cívicos de la mujer “*inspirada como vosotros dejo sentir mi voz, rompiendo acaso la armonía*” [49]. Repasa la historia nacional y provincial y propone, una mirada diferente de la fecha, sin dejar de hacer referencia al lugar tradicional que habrían ocupado las mujeres en los tiempos de la independencia:

el ideal de esposo y madre, era el amor por la patria que les viera nacer [...]; Qué esposas y qué madres aquellas! Que con tanto arrojo y desprendimiento ofrecían el sacrificio de los suyos por causa tan justa [...] demostrasteis de una manera digna el patriotismo de las espartanas... Haciendo generosa entrega de los vuestros... cooperasteis en la gran causa [50].

Al iniciar su discurso no hay referencias a las mujeres que participaron en las batallas pero sí a la situación de desprotección en la que quedaban las mujeres luego que sus maridos e hijos participaron en las batallas.

A medida que avanza la exposición, exalta la idea del progreso material y habla de la necesidad de reemplazar “*los aceros bélicos por el arado y la hoz del labrador, y el humo de la pelea por el del ingenio y la locomotora que lleva la civilización y el progreso a sus más apartadas regiones*” [51]. Estas inequívocas referencias a la industria azucarera aparecen junto al acceso a la educación y el desarrollo de las comunicaciones como las tareas de la hora. “*No, no son las luchas de la espada las que deben hoy conmover y asaltar la tranquilidad del pueblo –decía–, [...] son las luchas del trabajo y de la industria [las] que brindan la felicidad y ahuyentan la miseria*” [52].

Al finalizar sí refiere a las mujeres excepcionales que participaron en diferentes combates de principios del siglo XIX:

Y si alguna vez la ambición de otros quisiera turbar la paz, nunca con sangre fratricida empañe el brillo de sus espadas, la tierra de San Martín, Bustamante y Aráoz, de las oromi (sic.), la escalada y muchas otras que como Marina Céspedes, se conquistó el grado de mayora de ejército libertador [53].

Esta mirada que rescataba a las mujeres destacadas, era habitual hasta que se comenzaron a elaborar algunos avances respecto de la participación de las mujeres durante el proceso de militarización y como parte integrante de los ejércitos constituidos en la etapa revolucionaria y republicana. Como ha destacado Marisa Davio aunque son escasas las fuentes sobre las mujeres en estos procesos, en los últimos años algunos investigadores se han interesado por casos nacionales a fin de complejizar y desmitificar la visión de las mujeres en ese contexto. Según la autora se trata de “rescatar de la historia a aquellas mujeres que actuaron directa o indirectamente en las guerras, es decir, combatiendo al lado del varón, sufriendo males y enfermedades, muriendo por la causa revolucionaria, o contribuyendo con víveres y vestimentas para oficiales y tropas”^[54].

Margarita Todd no sólo había obtenido un lugar de notoriedad en un ámbito que hasta ese momento era predominantemente masculino, sino que además había logrado incorporar un tópico de alguna manera inédito en estos festejos: a la par del rol tradicional reservado a las mujeres durante la guerra como era el de madres o esposas abnegadas que esperaban el regreso de los suyos, hablaba de las mujeres excepcionales que participaron en los combates, e iba más allá en el deseo de reemplazar las luchas y combates por el acceso a la educación y al mundo del trabajo.

Su lectura fue tan importante que el principal periódico tucumano, *El Orden*, decidió su publicación. La notoriedad obtenida por la maestra Margarita Todd en los primeros años del siglo XX, no debe opacar un proceso que estaba ocurriendo en Tucumán a principios de siglo y que fue la progresiva incorporación de algunas mujeres instruidas a un ambiente de sociabilidad que hasta fines del siglo XIX se había mantenido exclusivamente masculino.

En efecto, en agosto de 1902 cuando la Sociedad Sarmiento decidió abrir su membrecía al sexo femenino, incorporando formalmente a las mujeres en calidad de socias, ese mundo masculino entraba en su ocaso^[55]. Las nuevas socias podían participar de las reuniones y asambleas. No obstante, no podían votar ni ser elegidas para los cargos de la comisión directiva ni podían participar de la toma de decisiones. De todos modos, aunque el real alcance de sus posibilidades de participación haya estado restringido a determinadas áreas, no carece de importancia la irrupción de las mujeres en un espacio hasta ese momento reservado al universo masculino.

Considero que fue en el camino de lograr acceso a estos importantes servicios culturales, que definitivamente permitían a las mujeres instruidas capacitarse de mejor manera para su desempeño laboral, donde comenzó a gestarse la inquietud de contar con un espacio en el que compartieran sus experiencias con otros maestros, sus pares, y de ese modo acotar las inquietudes al mundo del magisterio.

En este sentido coincidimos con Asunción Lavrín en que la participación femenina en asociaciones constituyó un engranaje clave en el cambio de mentalidad respecto del papel de la mujer en algunos países del Conosur durante las primeras décadas del siglo XX. En efecto, para la autora “la sociabilidad fue imprescindible para [...] superar el problema

de la comunicación de ideas, intereses y estrategias como grupo, constreñidas como estaban por las restricciones en su movimiento fuera de la casa” ^[56] .

Al respecto retomamos la hipótesis que planteamos en otra investigación en la que abordábamos la irrupción femenina en este ámbito de sociabilidad exclusivamente masculino. En ese trabajo considerábamos que aun cuando la participación femenina estaba limitada a determinadas áreas y no ocupaban roles desde los cuales pudieran tomar decisiones de carácter societario *“no dejaba de ser un gran avance su incorporación al principal ámbito cultural de la provincia, hasta entonces totalmente masculinizado y que a partir de ese momento se convertía en un espacio de intercambio y circulación de varones y mujeres”* ^[57] .

Consideraciones finales

A lo largo de este trabajo, en que nuestro propósito fue analizar el ingreso y circulación de un público femenino en un ambiente literario predominantemente masculino que se había configurado a fines del siglo XIX en la ciudad de Tucumán, hemos podido constatar que en los márgenes de ese mundo literario-cultural, algunas mujeres instruidas comenzaron a publicar opiniones, ensayos y poemas, así como también se destacaron en los festejos patrios como oradoras. Esta escritura y oratoria novedosas, en tanto estaban pensadas para ser compartidas por otros en el espacio público, coexistió junto con otros modos de expresarse más vinculados con la intimidad, por medio de correspondencia, diarios y álbumes escritos y compartidos entre su círculo más íntimo.

En efecto, la notoriedad obtenida por la maestra Margarita Todd en el ámbito público, o el lugar de “experta” en diversos temas en su grupo de amigos y colegas que seguramente logró Cornelia Montero, así como la experiencia obtenida por parte de aquellas temerosas pioneras en las revistas literarias de fines del siglo XIX en Tucumán, no constituyen historias que se puedan contar solamente en singular, destacando la excepcionalidad de estas mujeres, o la presión que ellas ejercieron para que situaciones que las desfavorecían se modificaran. A través de la denuncia o la ironía, mostrando las contradicciones de la sociedad tucumana, en la educación, el arte y las costumbres, expresaron su malestar.

Sin embargo este fenómeno no debe opacar un proceso que estaba ocurriendo en Tucumán a principios de siglo XX y que alcanzaba a un público femenino mayor: la progresiva incorporación de mujeres instruidas en un ambiente de sociabilidad de índole cultural que hasta ese momento se había mantenido exclusivamente masculino. La transición hacia un ambiente de sociabilidad en el que varones y mujeres compartieron la membrecía en algunos espacios, es un proceso palpable ya a principios del siglo XX.

Notas

[1]En Un cuarto propio, la autora refiere a que si Shakespeare hubiera tenido una hermana de gran talento no hubiera podido desarrollarlo “[...] Era tan aventurera, tan imaginativa, estaba tan ansiosa por ver el mundo como él. Pero a ella no le enviaron a la escuela, no tuvo la oportunidad de aprender gramática ni lógica, y mucho menos de leer a Horacio y Virgilio”. Woolf, Virginia, Una habitación propia, Barcelona, Seix Barral, 2008, pp. 35-36.

[2]Belluci, Mabel, “De la pluma a la imprenta”, en Fletcher, Lea (Comp.), Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX, Buenos Aires, Feminaria, 1994.

[3]Lavrin, Asunción, “Spanish American Women, 1790-1850: The challenge of remembering”, en Hispanic Research Journal, vol. 7, N° 1, 2006, pp. 71-84.

[4]Lavrin, Asunción, 2006, Ob. Cit., pp. 74-75.

[5]Lavrin, Asunción, 2006, Ob. Cit., p. 82.

[6]Otras investigaciones han dado cuenta de la aparición de una revista escrita por mujeres en el período previo al analizado en este artículo. Se trató de “La Mariposa” publicada en 1870 en Tucumán que ha sido analizada por Lucrecia Johansson como el “primer periódico feminista de Tucumán”. Johansson, Lucrecia, “Efecto Mariposa en la prensa tucumana: mujeres redactoras en 1870”, en Vignoli, Marcela y Reyes de Deu, Lucía (Coords.), Género, cultura y sociabilidad en el espacio rioplatense 1860-1930, Rosario, Prohistoria, 2018, p. 35.

[7]Batticuore Graciela, La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritoras en la Argentina: 1830- 1870, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

[8]Conscientes del ingreso del término feminismo recién a mediados de la década de 1890 en el espacio rioplatense, en este trabajo referimos a prensa feminista a la que circuló con anterioridad a esa década en el sentido planteado por Dora Barrancos sobre la existencia previa de “sentimientos y conductas que abogaron por los derechos femeninos con anterioridad [y que] exhiben ya ideaciones consonantes con el término feminismo”. Barrancos, Dora, “Primera recepción del término “feminismo” en la Argentina”, en Labrys: estudios feministas, Brasil, 2005, [en línea] <https://www.labrys.net.br/labrys8/principal/dora.htm> [consulta: 8 de diciembre de 2018]. Para un análisis pormenorizado del ingreso de feminismo en América Latina y las distintas corrientes se sugiere la consulta de Lavrin, Asunción, Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay, 1890-1940, Chile, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2005.

[9]La división tajante entre espacio público y privado y la relación con la normativa proveniente del Código civil de 1869, ya ha sido matizada por Barrancos, Dora, “Inferioridad jurídica y encierro doméstico”, en Gil Lozano, et. al., Historia de las mujeres en Argentina, T. I, Buenos Aires, Taurus, 2000.

[10]Espigado, Gloria y Aresti, Nerea, “Presentación” Dossier, “Espacios de acceso y difusión de la cultura para las mujeres (siglos XVIII, XIX y XX)”, Historia Social, N° 82, Valencia, 2015, pp. 93-96.

[11]Miguel Lillo fue un naturalista nacido en Tucumán a principios de la década de 1860. Fue alumno del Colegio nacional y su maestro Federico Schickendantz, (profesor de química y director de la Quinta Normal de Agricultura), fue quien descubrió en él condiciones para la investigación científica. En 1888, publicó su primer ensayo sobre la flora tucumana, luego se interesó por enriquecer su biblioteca, hacer colecciones, cultivar especies críticas y comunicarse con colegas del país y del extranjero. Recibió honores de las corporaciones e instituciones científicas del país y del extranjero. El Museo de La Plata lo designó Doctor Honoris Causa en 1914. Y en 1928 le otorgaron el premio “Francisco P. Moreno”.

[12]Caldo, Paula y Fernández, Sandra, “Por los senderos del epistolario: las huellas de la sociabilidad”, Antíteses, Vol. 2, Nº 4, Brasil 2009, pp. 11-12.

[13]Caldo, Paula y Fernández, Sandra, 2009, Ob. Cit., pp. 11-12.

[14]Segundo censo de la república argentina, 1895, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, 1898; Segundo censo nacional de la población, 1895, Argentina (Segunda edición) 1897, Tomo I.

[15]Tercer censo de la república argentina, 1914, Tomo I: Antecedentes y comentarios, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía., Buenos Aires, 1916.

[16]Rodríguez Marquina, Paulino, Censo de la capital de Tucumán 1913, Compañía Sudamericana de billetes de Banco, Buenos Aires, 1914.

[17]Vignoli, Marcela, Sociabilidad y cultura política. La Sociedad Sarmiento de Tucumán, 1880-1914, Rosario, Prohistoria, 2015.

[18]Los primeros esfuerzos evidenciaron estas preocupaciones al concentrarse en la edición de dos publicaciones El Porvenir y El Tucumán Literario, la fundación de una biblioteca que se transformó en pública en 1884 y el dictado de conferencias y disertaciones públicas. Además, los concursos literarios constituyeron importantes eventos anuales que dieron a conocer las actividades de la Asociación más allá de las fronteras provinciales.

[19]Incluso durante las primeras décadas del siglo XX, otras investigaciones han dado cuenta del predominio de un ambiente cultural masculino, por ejemplo en torno del grupo creado por el intelectual y político Juan B. Terán en torno a emprendimientos editoriales como la Revista de Letras y Ciencias Sociales y posteriores. Cfr. Martínez Zuccardi, Soledad, Literatura, vida intelectual y revistas culturales en Tucumán (1904-1944), Buenos Aires, Corregidor, 2012.

[20]Archivo Biblioteca Alberdi, Libro de Actas de La Biblioteca Alberdi, 30/06/1903, p. 7.

[21]La autora considera que resulta interesante examinar el aporte de la tesis de Agulhon al conocimiento de colectivos femeninos, es decir si la sociabilidad funciona como categoría renovadora para los estudios de género. Genevois, Danielle, “Por una historia de la sociabilidad femenina: algunas reflexiones”, Hispania, Vol. 63, Nº 214, España, 2003, p. 617.

[22]Batticuore, Graciela, Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina, Buenos Aires, Ampesand, 2017.

[23]Hemeroteca de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán (En adelante HFFyL), Revista El Porvenir, 15/10/1882, p. 71.

[24]HFFyL, Revista El Porvenir, 15/10/1882, p. 71

[25]HFFyL, Revista El Tucumán literario, 21/5/1893, p. 580.

[26]HFFyL, “Carta Abierta”, Revista El Tucumán Literario, 6/8/1894, p. 831.

[27]HFFyL, Revista El Tucumán Literario, 4/6/1893, p. 595. A su vez, el socio Ignacio López Arriaga, en clara referencia a la carta de la educadora Caridad Jaime, manifestaba “Si la mujer va a la universidad, al congreso, etc. ¿El hombre amamantará nuestros hijos, los educará? La misión de la mujer es una y la educación de la sociabilidad moderna no es suficiente para trocar ese principio nacido con ella”. HFFyL, Revista El Tucumán Literario, 30/7/1893, p. 607.

[28]En 1895, se habían inscrito 8.502 varones y 7.618 niñas en los establecimientos de la provincia, mientras que con respecto al personal docente había 135 varones y 230 mujeres. Una década después, los alumnos inscritos en toda la provincia se dividían en

17.523 varones y 15.813 mujeres. Con respecto al personal docente existían en toda la provincia 138 varones y 434 mujeres que ocupaban diversos cargos en el área educativa. Anuario Estadístico de la Provincia de Tucumán, años 1884-1910, Edición oficial.

[29] Para el análisis de este tema a nivel nacional se ha consultado Lionetti, Lucía, “Las no ciudadanas en la plaza pública. Voces y acciones de educadoras, escritoras y militantes”, en Pérez Cantó, Pilar y Bandieri, Susana, Educación, género y ciudadanía. Las mujeres argentinas: 1700-1943, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2005. Yannoulas, Silvia, Educar: ¿una profesión de mujeres? La feminización del normalismo y la docencia 1870-1930, Buenos Aires, Kapelusz, 1996. Di Liscia, María. y Maristany, José (Eds.), Mujeres y Estado en la Argentina. Educación, salud y beneficencia, Buenos Aires, Biblos, 1996. Para el caso de Tucumán, sabemos que en 1895, se habían inscripto 8.502 varones y 7.618 niñas en los establecimientos educativos de la provincia, mientras que con respecto al personal docente había 135 varones y 230 mujeres. Una década después, los alumnos inscriptos en toda la provincia se dividían en 17.523 varones y 15.813 mujeres. Con respecto al personal docente existían en toda la provincia 138 varones y 434 mujeres que ocupaban diversos cargos en el área educativa. Anuario Estadístico de la Provincia de Tucumán, años 1884-1910, Edición oficial.

[30] Batticuore, Graciela, 2005, Ob. Cit.

[31] Zemon Davies, Natalie, Mujeres en los márgenes. Tres vidas del siglo XVII, Madrid, Cátedra, 1999, p. 267.

[32] Cornelia Montero se había desempeñado como ayudante de laboratorio del Dr. Miguel Lillo durante la década de 1890, llegó a ser secretaria de la Escuela Normal de Maestras antes de desempeñarse como profesora de Historia y Geografía de la misma institución en 1900. Unos años después junto con un grupo de mujeres ingresó a la membresía de la Sociedad Sarmiento y en 1905 integró la membresía del Círculo del Magisterio. Biblioteca Ana Garmendia de Frías, Libro de Actas del Círculo del Magisterio (1905-1908), Tucumán.

[33] Es importante mencionar que el Álbum de Cornelia Montero fue cedido al Laboratorio de digitalización del ISES para ser digitalizado por la Familia Leme. Algunos de los nombres de los colaboradores en el álbum son: Záida Constanti; Damián P. Garat; Pastora Sibilat; Toledo Pimentel; Lola Córdoba Alaiz; Delfina Valladares; Enriqueta L. Lucero; Eugenio Tornow; Miguel Lillo; Petronia Silvia Bores; Teodelinda Salas; María E. Terán; Borja Espejo; Diego Araújo; García Hamilton; Amancio Correa; Adela Melgar; Virginia Hugaot; Manuel Pérez; Pedro Berretta. Laboratorio de digitalización ISES (En adelante LADI), Cornelia Montero, Álbum, 1898-1901, Tucumán.

[34] Recordamos en este caso también al concepto de “pericia segura” que según Natalie Zemon Davies habrían tenido las mujeres que estudia en su libro. “podían hablar de una buena joya [...] un buen espécimen de insecto, entre otras opiniones. Eran rápidas en pasar a la acción, en recurrir a las aptitudes precisas ante las necesidades del momento”. Zemon Davies, Natalie, 1997, Ob. Cit., pp. 259-260.

[35] “Grecia: papel que ha desempeñado en la Historia” y “La Historia: su importancia”.

[36] LADI, Cornelia Montero, Álbum, 11/1896.

[37] En ese ensayo comienza refiriendo a la importancia, política, pasa a explicar la legislación griega para referirse a la filosofía y por último al arte. LADI, Cornelia Montero, Álbum, 12/1898.

[38] Gluzman, Georgina Trazos invisibles. Mujeres artistas en Buenos Aires (1890-1923), Buenos Aires, Biblos, 2016, p. 83.

[39] LADI, Cornelia Montero, Álbum, 12/1898, s/f

[40] LADI, Cornelia Montero, Álbum, 7/1899, s/f.

[41]LADI, Cornelia Montero, Álbum, 7/1899, s/f.

[42]LADI, Cornelia Montero, Álbum, 7/1899, s/f.

[43]Vignoli, Marcela, “Lola Mora no pintaba mariposas: una estrategia femenina para la conquista del espacio público”, en Páginas Dossier temático: Por una historia con mujeres, vol. 3, núm. 5, Rosario, 2011. Al respecto disintimos con Georgina Gluzman, quien afirma que Lola Mora nunca participó de exposiciones, como sí lo hicieron otras artistas de la época, Gluzman, Georgina, 2016, Ob. Cit., p. 82. En la década de 1890 Lola Mora, que vivía en Tucumán, sí participaba de exposiciones y estaba vinculada al ambiente artístico cultural del período. Consideramos que aún los trabajos más críticos sobre Lola Mora, su proyección pública y el impacto que tuvo respecto de la consideración de otras artistas de la época, parten de un profundo desconocimiento del contexto artístico, cultural y social en el que transcurrieron esos primeros 30 años de su vida, así como de los vínculos que fue entablando con otros actores de la época y las estrategias que le permitieron obtener una beca para perfeccionar sus conocimientos artísticos en Europa. Estos orígenes están muy vinculados a la dinámica cultural tucumana del período y son menos glamorosos que lo que las biografías, muchas de las cuales son relatos novelados, han construido. Es cierto que no hay un archivo personal de Lola Mora, pero la reconstrucción histórica de esos años sí es posible a través de la consulta de diferentes repositorios documentales.

[44]HFFyL, Revista El Tucumán Literario, 22.07.1894

[45]LADI, Cornelia Montero, Álbum, 9/1900, s/f.

[46]Lavrín, Asunción, “Spanish American Women, 1790-1850: The challenge of remembering”, Hispanic Research Journal, Vol. 7, N° 1, 2006, p. 74.

[47]Vignoli, Marcela, “Trayectoria educativa y prácticas asociativas de una tucumana de entre siglos: Margarita Todd, maestra normalista”, Historia y memoria, N° 11, Colombia, 2015.

[48]Archivo Histórico de Tucumán (En adelante AHT), El Orden, 5/07/1902.

[49]AHT, El Orden, 8/07/1902.

[50]AHT, El Orden, 8/07/1902.

[51]AHT, El Orden, 8/07/1902.

[52]AHT, El Orden, 8/07/1902.

[53]AHT, El Orden, 8/07/1902.

[54]Davio, Marisa, “Mujeres militarizadas: en torno a la búsqueda de fuentes para el análisis de la participación de las mujeres en Tucumán durante la primera mitad del siglo XIX”, Revista electrónica de fuentes y archivos, N° 5, 2014, p. 85.

[55]La lista de ingresantes incluía a 37 mujeres, la mayoría de las cuales eran alumnas, egresadas y maestras de la Escuela Normal de Maestras, que había sido creada en 1888 en Tucumán. AHT, El Orden, Agosto de 1902.

[56]Lavrín, Asunción, “Cambiano actitudes sobre el rol de la mujer: experiencia en los países del Cono sur a principios de siglo”, European review of Latin American and Caribbean studies, N° 62, Ámsterdam, 1997, p. 80.

[57]Vignoli, Marcela, “Educadoras, lectoras y socias. La irrupción de las mujeres en un espacio de sociabilidad masculino. La Sociedad Sarmiento de Tucumán (Argentina) entre 1882 y 1902”, Secuencia, N° 80, 2011. P 14.